

Opinión del Día

—AL TRANTRÁN—

Cuando quiero convertir el agua en vino

Ricardo Pérez

 ESCRITOR

Que mi ilusión rodó por la montaña es una forma triste, equivocada, de decirte que viniste a resolver mi encrucijada, a ponerle luz a todas las llamadas que no hiciste. Prometiste que jamás prometerías, que dejabas al amparo de los días las maneras de pintar de blues el gris de las aceras, de hacer glorias las derrotas cotidianas, de colgar una sonrisa en la ventana que has cerrado.

He encontrado un recuerdo en el fondo del armario, formularios sin ningún sello de entrada, una espada de madera, garfio y parche y el deseo de saltar al abordaje sin banderas. Aunque pese una condena de galeras, el osado sólo entiende de viajes.

No hay tratado que estipule la cuantía con que mides el exceso que se toma de masía, los placeres, la ambrosía de tus dos besos candentes. Bienvenidas sin receles, sin miradas de la gente, la manera en que aprendí a sentirme nuestro sin tenerte.

Añorarte es sólo una cuenta pendiente; se resuelve cuando una de las partes dice antes las palabras condenadas a entenderse o utiliza una mirada de septiembre y descubre que el reloj no se ha parado y decide negociar por descontento los altares en que ambos dejarán de ser mortales cuando



el frío juguetea en los portales de la plaza.

Esta baza enseñé antes de apostar mis malas cartas. Los faroles sólo alumbran en angostas callejuelas, no me llevan a ganar un todo o nada. Va marcada la salida de este trance pasajero, del abismo suspendido a ras de suelo.

La ciudad siempre fue buena compañera. En sus calles me pierdo conmigo mismo y reniego del futuro que he inventado; tú prefieres melodías de tejado. Si me fijo me acerco a los acertijos que guardabas sin dobleces ni costuras en premuras antes de la madrugada. No hay almohada suficiente para

resguardarme en ella y he gastado todo mi polvo de estrellas en crearme más capaz, veloz y fuerte. Habré soñado.

Oigo cantos que resbalan escaleras. No hay manera de encontrar nombres certeros ni sombreros por si acaso se despierta una tormenta, por si tengo que cruzar

puertas abiertas que no lleven al jardín de los placeres disecados, al glosario de los gozos desmembrados, al erial quemado que encuentro cuando me miras. Yo sé bien que las sorpresas de los días se han quedado en el fondo de algunos sobres cerrados sin destino. Remite casual, un desatino a la manera de otras veces que se crece cuando abundo sin criterio definido, cuando quiero convertir el agua en vino. Ya no lloran las farolas de mi acera. Hay días que me parecen ciudad-jungla-ciudad-desierto: días de ceda el paso y semáforos en rojo. Veo gentes que vagan al son de la ciudad implacable. Gentes sin amanecer ni despedida.

No me quejo, es tan sólo que pensé que la mañana me traería melodía encadenada entre tus dedos. Dejaré la puerta abierta por si vienes. Quedan lejos los recuerdos que inventé antes de virlos. Tengo puebas, van escritos. Estos son, ya los leíste:

Escríbete o grafíote antes de que la ciudad, en pie de guerra, preconice el fin de esta tregua a oscuras y los semáforos marquen caminos de cemento invertido.

Susútelarte y desvestirte la sábana a medias y recordar respiraciones pospuestas hasta el rayo primero, enredado en un hueso de persiana.

Y ahora sí, abramos lenta fuerza para perder conocimiento y memoria de lo leve, para dejar que la ciudad se esconda en esta mañana; derrotada por sorpresa, no podrá evitar pertenecernos.